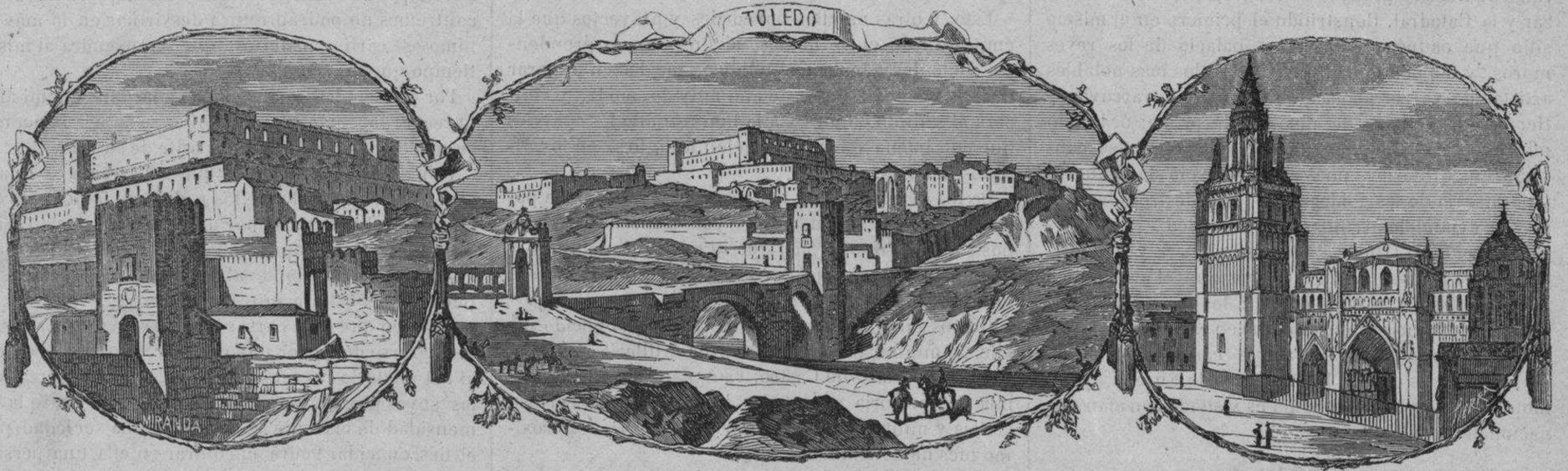


El Periódico ilustrado



Año II.—Número 68.
DEL 5 AL 19 DE AGOSTO DE 1866.

SUMARIO.—Toledo.—Revista de la semana, por Palacio.—Los anacoretas, por U. G. y Guimbar.—Tradiciones madrileñas, por J. T. y Benedicto.—El rey de los gitanos, por Belza.—Un puesto avanzado de piemonteses en el Tirol.—Palacio de la industria en Paris.—Estudios históricos: D. Luis de Escobedo, por Belza.—Palacio de Cintra, residencia de verano de los reyes de Portugal.—Una carga de infantería prusiana en Sudowa.

LÁMINAS: Toledo.—Un puesto avanzado de los piemonteses en el Tirol.—Palacio de la industria en Paris.—Palacio de Cintra, residencia de verano de los reyes de Portugal.—Una carga de infantería prusiana en Sudowa.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

D.	19	San Joaquín.
L.	20	San Bernardo.
M.	21	Santa Basa.
M.	22	San Sinfoniano.
J.	23	San Felipe Benicio.
V.	24	San Bartolomé.
S.	25	San Luis.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses.		UN NÚMERO
Madrid . . .	24 rs. 12 rs.	MADRID..... 4 cs.
Provincias . .	20 » 14 »	PROVINCIAS. 5 id.
Ultramar . . .	80 » 50 »	

TOLEDO.

Doce leguas al Sur de Madrid ostenta sus muros la imperial Toledo, antigua Corte de España durante la denominación de los godos, y circundada en su mayor parte por el caudaloso Tajo, sobre el cual tiene dos magníficos puentes, el de Alcántara y el de San Martín.

El origen de Toledo se pierde en la oscuridad de

los tiempos. Sus primeros pobladores fueron los judíos, 540 años antes de Jesucristo. Tomada por los moros cuando la invasión agarena, estuvo mas de cuatro siglos en su poder hasta que en 1085 la reconquistó el Cid Rodrigo de Vivar. Se hizo célebre tambien por la defensa que de ella hizo la esposa de Padilla despues de la derrota de los Comuneros.

Para comprender el decaimiento de esta ciudad baste decir que en tiempo de los árabes contaba 200.000 habitantes, y hoy día encerrará á lo sumo unos 48.000,

restándole solo de sus antiguas y famosas industrias la acreditada fábrica de armas blancas, y algunas manufacturas de seda.

Sin embargo, bajo el punto de vista artístico, puede asegurarse que es la primera poblacion de España. Sus calles estrechas y escalonadas á la usanza oriental están sembradas de recuerdos históricos y de maravillas de arquitectura, entre las cuales figuran la Universidad, el hospital de locos llamado el Nuncio el de Expositos, el convento de San Juan de los Reyes.



UN PUESTO AVANZADO DE BERSAGLIERI PIAMONTESSES EN EL TIROL.

el Circo Máximo, el Colegio Militar, Santa María la Blanca, y las puertas del Sol, de Visagra, y otras varias, unidas al recinto de las fortificaciones, en las cuales se conservan restos de las tres épocas, goda, romana, y árabe.

Aparte de estos monumentos, y sobre todos ellos, descuellan los dos contenidos en los medallones laterales de nuestro grabado de cabecera, es decir el Alcázar y la Catedral. Construido el primero en el mismo sitio que ocupó el Alcázar ó palacio de los reyes moros, y habiendo trabajado en él los mas notables artistas de varias épocas, entre ellos Covarruvias y Herrera, está lleno de detalles de primer orden, lo mismo en sus fachadas que en la parte que se conserva en el interior, pues el vandalismo de la guerra y la incuria de los gobiernos le han destruido á su placer, dejándole arruinarse poco á poco.

Respecto á la Catedral es por su riqueza y su mérito una de las más bellas muestras que el arte gótico posee en España, y nada iguala á los tesoros que encierra, lo mismo en pintura, que en escultura, que en alhajas inapreciables. La famosa campana colocada en su torre es una de las mayores de Europa, y su monumento de Semana Santa es visitado con afán por nacionales y extranjeros.

REVISTA DE LA SEMANA.

—Hombre, sáqueme Vd. de una duda, decia en cierta ocasion un médico manchego, disputando con un cura andaluz; siendo Jesucristo inmortal, ¿cómo pudo morir?

—Pues ahí verá Vd., le respondió filosóficamente el cura.

Igual ó parecida pregunta nos hacen diariamente muchos de nuestros amigos y suscritores.

—Siendo EL PERIÓDICO ILUSTRADO una publicacion llena de vida, ¿por qué hay momentos en que parece que se muere?

—Pues ahí verán Vds., contestamos nosotros.

Esta contestacion podrá no ser ni muy galante, ni muy tranquilizadora; pero la verdad es que es la única acomodada á la situacion.

Cada número del PERIÓDICO ILUSTRADO que se retrasa, representa para nosotros el trabajo de dos números que se publiquen, pues entre partes telegráficas por un lado, cartas y reclamaciones por otro, arreglos y cálculos por todos, ni tenemos instante de sosiego, ni boca para responder á esta interpelacion obligada de los mil y uno que asoman la cabeza á la puerta de la redaccion:

—¿Ha salido el número?

—¿Cuándo sale el número?

—¿Por qué no sale el número?

Conste, pues, que no son ni nuestra indolencia ni nuestro deseo los que producen estos retrasos, que en nada afectarán á la marcha sucesiva del periódico, sino causas independientes de nuestra voluntad, y dificultades que serian granos de arena en cualquier parte, y aquí se convierten en ásperas montañas. Todo se arreglará, sin embargo, y á bien que seria injusto cebarse con nosotros, cuando no somos de seguro los que más tenemos que arreglar.

Así pudiera yo arreglar tan fácilmente esta revista, que empieza por llamarse de la semana sin serlo, pues ya no sé ni á qué semana pudiera aplicarse.

Solo una cosa me salva en este compromiso, y es que desde hace dos ó tres semanas corren por Madrid las mismas noticias, se cuentan las mismas aventuras, se rien los mismos chistes, y se perciben los mismos rumores. Sucede con esto como con esas reuniones de confianza donde deja uno de ir unos cuantos meses, y al volver encuentra las mismas caras, los mismos trajes, y á veces hasta la misma conversacion.

Muchas anécdotas teatrales, muchas combinaciones artísticas: cuadro de zarzuela en Novedades, compañía italiana de declamacion en Jovellanos, Romea solo en el Principe, no se sabe quién en el Circo, no se sabe qué en Variedades, y empresa nueva en el Real. El año promete ser fecundo en sucesos: actores y autores están animados de los mejores deseos; pero como dicen los profanos, *obras son amores*.

Así lo ha comprendido la empresa de la Zarzuela, y la primera obra que nos ha anunciado, no puede ser de mejor éxito; como que es la obra completa de todo el coliseo. Nada más elegante ni más bello que el aspecto que presentará la sala de espectáculos des-

pues de esta obra; adornos, papel, dorados, telon y embocadura, todo es nuevo y del gusto más esquisito, y como complemento de todo, tendremos el techo pintado por el Sr. Plá, de cuyo boceto podemos decir que no hay nada más artístico, ni más caprichoso al mismo tiempo, y que será digno rival del de la sala del teatro Rossini, obra con que se nos dió á conocer en Madrid.

Esto, y otras muchas novedades y proyectos que la empresa trae entre manos, algunos tan sorprendentes como deseados por el público, me hacen esperar que Jovellanos estará este año muy de moda, y vengará al sentido comun y á la literatura de los agravios que con buena ó mala intencion les infirió en los últimos tiempos.

De los demás teatros, nada se sabe tampoco de positivo, sino que menudean las conferencias y las proposiciones, y que es fácil que ni suceda lo que ya se da por hecho, ni deje de suceder lo que hoy parece más absurdo.

Hemos sabido con satisfaccion, que el conocido publicista militar, coronel capitán de artillería retirado, D. Mariano Perez de Castro, va á plantear una Academia preparatoria para todas las carreras especiales, civiles y militares, que dará principio el 15 del próximo mes de Setiembre.

La necesidad de esta clase de Academias, en que entran como base principal de sus estudios las ciencias exactas y los grandes conocimientos que adornan á un director, antiguo oficial de un cuerpo tan respetable como el de artillería, unidos al excelente método de enseñanza que se propone seguir, son garantías más que suficientes para que los padres y tutores, tanto de Madrid como de provincias, no vacilen en enviar sus hijos á esta nueva Academia.

La direccion establecida en la calle de la Estrella, núm. 7, cuarto bajo, les proporcionará cuantas noticias deseen sobre este punto, las cuales no dudamos corresponderán á nuestros informes.

La vuelta á España del eminente poeta Sr. Zorrilla, trae por decirlo así, soliviantado el ánimo de nuestros escritores. Creemos en efecto, como ha dicho en un excelente artículo el Sr. Alarcon, que la juventud literaria debe un tributo de simpatías y de entusiasmo al que ha sido el maestro de la moderna generacion; pero lamentamos que antes que nada se haya decidido, antes de que hayan dado su voto en el asunto los que ocupan los primeros puestos en esa juventud, empiecen á llover sobre el Sr. Zorrilla las ruidosas de versos laudatorios; saluciones más ruidosas que poéticas; descargas, en fin, de trabucazos literarios, que llevan todo el fuego de la pasion y la buena fé, pero envuelto en un humo, que por más que sea para el vulgo incienso y mirra, no dejará para el Sr. Zorrilla de ser pajueta y alquitran.

Nosotros deseamos como el que más, que España pague la deuda de admiracion y respeto que tiene contraida con Zorrilla, pero deseamos que se la pague en buena moneda, y de ningun modo que él sea nuestro acreedor por un concepto más; es decir, que pueda mañana pedirnos cuenta de haberle saludado con una manifestacion ridicula; de haber él creído como tiene derecho de creer, que la serenata que merece se la daría la orquesta del Conservatorio, y tener que resignarse á escuchar la más prosaica y estrepitosa de las murgas.

M. DEL PALACIO.

LOS ANACORETAS.

ESCENAS DE LA VIDA CONTEMPORÁNEA.

Madre mia: Nadie mejor que tú puede apreciar los dulces recuerdos de mi niñez. Recibe por lo mismo esta mi dedicacion con aquel santo cariño que nació para nunca morir en aquella edad tan llena de delicias.

I.

Corria la segunda mitad de Octubre del año 1854.

Albarracin, ciudad arrinconada entre las inmensas cordilleras de la fresca provincia de Teruel, era el teatro de la escena que vamos á referir.

Dios te salve, ciudad querida. He crecido en tu recinto y aspirado en él los dulces aromas de la instruccion y es difícil que te olvide. Seria una ingratitud.

Desapareció la silla episcopal con que tanto podias enorgullecerte, y lo que todavia es peor, la industria que á tus hijos alimentaba.

—Se desploman tus edificios tan antiguos como gloriosos, y no hay una mano protectora que los levante.

La decadencia se ha posado en tu suelo de pedernal y ella te aniquilará. Pero tus hijos siempre te querrán porque son tus hijos.

¿Y á quién no agrada su pais natal? ¿Puede haber alguno que no aprecie á su madre con todo su corazón? No: no puede haberlo; porque las escepciones que encontremos no podrán nunca desvirtuar en lo más mínimo ese cariño misterioso que se engendra al mismo tiempo que los séres.

Por eso, ciudad mia, siempre guardaré en mi alma tu recuerdo, como guarda el hijo ausente la imagen de su madre hasta el último instante de su vida.

Principiaremos diciendo que Albarracin es una de esas poblaciones adonde los padres de familia pueden enviar sus hijos sin temor de que se perviertan. Si el estudiante ha de aprovechar el tiempo es necesario que estudie y allí donde abundan las distracciones no puede ser el estudio muy completo.

El jóven que para cursar una carrera se ve precisado á separarse del hogar paterno, parece que deja en este al fiel piloto de sus acciones y que, sin mas fuerzas que las suyas propias, se vé obligado á remar entre la inmensidad de olas que le presenta una sociedad para él desconocida. Podrá encontrar en ella una persona que le ayude y que le dirija, pero siempre será muy débil este apoyo comparado con el celo incansable que los padres despliegan por sus hijos.

Por de pronto los teatros, los cafés y otras diversiones que tanto abundan en las grandes villas y ciudades roban al estudio una parte de tiempo muy considerable; esto sin contar las casas de juego y otras en donde con facilidad los jóvenes se exponen á labrar su propia ruina, perdiendo no solamente la salud sino la estimacion de todo el mundo.

En Albarracin no sucede nada de esto. Los celosos PP. Escolapios son allí los únicos encargados de la enseñanza, y sabido es que al practicar la instruccion en los diferentes ramos que abraza esta, el espíritu religioso es el que en todos predomina.

El excesivo frio del pais hace ya que sus habitantes madruguen poco, de manera que el estudiante despues de asearse y desayunarse, acude embozado con su capota, si es que la tiene ó con las manos en los bolsillos, á oír el Santo Sacrificio de la Misa, entrando despues en la escuela hasta las once, en cuya hora sale para volver por la tarde de dos á cinco. Deja en casa los libros, toma, si no hay otra cosa, su zoquetito de pan y entonces es cuando el pobre mozo tiene licencia para lo que allí se llama *jugar*, porque al mediodia entre comer y aprender las lecciones de la tarde no queda tiempo para nada.

Apurado me veo para indicar el género de diversiones á que en Albarracin pueden entregarse los estudiantes, pero sin cuidarnos de las que en poblaciones como esta son comunes á todos, existe una, sin embargo, que forma época entre las costumbres populares, y que por su índole bien merece que nos ocupemos de ella.

Hay algunos vecinos que de vez en cuando y en cierto tiempo del año matan alguna vaca para el consumo público, y el día en que esto sucede, es en verdad un gran acontecimiento. El carpintero abandona su cepillo, el tejedor su lanzadera, el zapatero su tirapié, y hasta el menestral su trabajo, por ir todos á esperar la vaca á veces hasta media legua de camino. Sujetan la res con dos sogas largas y al entrar en la poblacion no hay mujer que no tire la media, ó deje sus demás faenas domésticas por salir á la puerta de la calle, riendo á mandíbula batiente y prorumpiendo en unánimes chillidos cuando la vaca hace correr á alguno muy corto de piernas, ó al pobre beneficiado de la catedral que *velis nolis* se ve obligado á acudir al coro un poco más listo de lo que quisiera. Nada mas que la vaca ande cuatro pasos por una calle, ya tienen ustedes todas las puertas tabicadas, y si alguna se mantiene entreabierta es con objeto de sorprender al inocente que acudiendo en busca de refugio, le dan con la puerta en las narices.

Las corridas acostumbran ser despues del mediodia, de suerte que cuando esto acontece, son muy pocos los estudiantes que por la tarde saben la leccion á no ser que es *hora de repaso*, palabras que casi siempre sirven de pretexto á las reprensiones.

Los días festivos no son completamente libres para los estudiantes, porque en casi todos tienen que asistir al oratorio por la mañana, y en la mayor parte á la doctrina por la tarde.

Dada una general noticia de la vida escolar en Albaracin, pasaremos ya de lleno al comienzo de nuestra historia.

Pedro y Urbano cursaban el tercer año de latinidad, siendo su amistad tan íntima que parecían dos hermanos. Juntos repasaban la lección y juntos se afanaban por presentar sus composiciones con el esmero posible.

El primero, que contaría trece años, era hijo de unos honrados labradores que se sostenían con una recortada medianía, pero que gracias á los piadosos sentimientos de su tío cura, había pasado á Albaracin con la suficiente asistencia y el propósito de seguir la honrosa carrera de la Iglesia.

Y el segundo, de doce años, hijo de un celoso facultativo de la misma población, asistía con igual propósito á la escuela, pero en clase de oyente por no poder como Pedro, auxiliado por su buen tío, sufragar los gastos de matrícula y demás consiguientes á los estudios.

Aquí vendrían como de molde algunas palabras que el corazón nos está dictando pero que los límites del PERIÓDICO ILUSTRADO nos obligan á sofocar en nuestro pecho. Con razón podríamos lamentarnos de por qué en esta época solo puede seguir con *brillantez* una carrera el que por lo regular menos lo necesita merced á su posición social, y de lo *mucho* que las dotes naturales *pueden servir* para llegar á ser un hombre provechoso á la patria. Volved atrás la vista. Repasad la historia. Fijaos bien en cualquiera de sus principales celebridades y es segurísimo que los vereis abandonando un rebaño de carneros ó comiendo sopa á las puertas de un convento, para trocar poco después su tosco cayado por un cincelado cetro, ó su tricorno lleno de costuras por la más excelente tiara.

Por Dios, lectores míos, espero me dispensareis esta pequeña digresión.

¿Decís que me dispensais?

Pues muchas gracias. Seguid leyendo.

Luego que Pedro y Urbano terminaban todos los días su tarea obligatoria, entreteníanse con estampas, bien formando cuadritos, ó bien disponiendo altares con encantadora simetría. Pero lo que más estimulaba su atención era la lectura de ejemplos, que con tanta abundancia nos suministran las crónicas religiosas para pintarnos el horror al vicio y el apego que debetener á las prácticas de religión. Repasaban con avidez el Año Cristiano y formaban empeñadas conversaciones, tratando de escudriñar hasta los más pequeños detalles de la vida de cada uno de nuestros faros de santidad, y lo que más llegó á embargar completamente sus sentidos fueron las consideraciones que les ofrecía la vida contemplativa del desierto.

Se abanzaban sobremano al considerar cómo San Antonio Abad, por ejemplo, recibía el medio pan del cuervo; cómo San Onofre andaba en cueros y cómo otros se alimentaban de frutas ó de yerbas viviendo largos años. Tanto, tanto llegaron á penetrarse de semejantes reflexiones, que concibieron la idea de abandonar el siglo y retirarse á una cueva para hacer penitencia por toda su vida.

¿Lo realizaron? Ahora lo vereis.

Ambos abrigaban el mismo pensamiento y ninguno se atrevía á declarárselo hasta que por fin Urbano rompió el silencio, y acordados en un todo, convinieron llevarle á cabo. Quedaron en buscar una cueva á cuya inmediación se encontrase un manantial, y en hacer todos los años la precisa recolección de bellota, muy abundante en el país, con lo cual podrían pasar, y en tanto carecieran de ello apelarian á la yerba, porque según ellos calculaban todo consistía en acostumbrarse.

Era al anochecer de la víspera de San Lucas cuando determinaron marchar al siguiente día, si después de oír misa y consultar el parecer de nuestra buena consejera, María Santísima, creían interpretar los deseos del Altísimo.

Amaneció al día siguiente empañada la bóveda celeste de opacas nubes que parece querían robar al sol su luz privilegiada, pues tan pronto este nos bañaba con sus rayos como desaparecía.

La campana de la Escuela Pía, media hora más tarde que de ordinario, convocaba á los estudiantes en la Iglesia para que oyeran la misa de *cuarenta y tres* á la cual asistieron nuestros héroes poseídos del fervor más evangélico.

Terminado tan sagrado acto corrieron los primeros á la escuela para comunicarse el resultado de sus con-

sultas celestiales, y convinieron en marcharse antes de que llegasen los compañeros.

No pudieron evitar el que uno de estos, llamado Antonio, les sorprendiera y habiendo tratado de seducirle para que les siguiese, contestó que solamente lo haría cuando en vez de yerbas y bellotas fueran á *comer quesos y pernils de tocino*. Al oír tan contraria respuesta fuerónse persuadidos de que el demonio apartaba á su amigo del buen camino que iban á emprender.

Apenas abandonaron el colegio, cada uno de ellos acudió solícito á casa para recoger los libros religiosos y estampas que poseían, reuniéndose luego en el sitio llamado la Escalerilla. Cruzaron el portal del Agua y el de Molina, y más que á paso se dirigieron por la Herilla hácia la casa de campo denominada Tejadillos.

Sus fuerzas poco ejercitadas se iban debilitando ya por el demasiado peso de los libros, ya por la marcha precipitada que llevaban hacia media hora, y sentáronse á descansar.

«Dios sabe cuando volveremos á ver la ciudad, se decían: ahora podrán ver todos quiénes somos nosotros.»

—Yo traigo un tintero, prorumpió Pedro, y un cuadernillo de papel para que escribamos alguna cosa, como los Santos Padres.

—Pues yo, añadió Urbano, traigo un pan y unos pantalones de mi padre para cuando sea hombre.

—Has hecho muy mal, repuso el primero, porque nosotros debemos acostumbrarnos á no comer otra cosa que yerbas ó bellotas. De consiguiente entregaremos el pan al primer pobre que nos salga al paso. Tampoco debías haber traído los pantalones, pues aunque al cogerlos no haya sido mala tu intención, el día en que se nos acabe la ropa que llevamos puesta nos haremos una tejida con esparto ú otras plantas.

Ocurriósele á Urbano ver por allí de que yerba probar y se fijó en la que tanto abunda en los ribazos muy parecida al trigo hasta en sus espigas. Llevóse á la boca un poco de aquel alimento desconocido para ellos, y mientras le mascaba era observado por Pedro con la mayor atención, esperando este que el informe no sería desfavorable. Pero apenas la yerba llegó á la garganta dijo *de aquí no paso*, y hete al pobre Pedro desconsolado, dando de porrazos en la espalda de su compañero, temiendo perderle para siempre. Pero ni por esas. La yerba por lo visto no se creía digna de pasar á un vientre racional, y Pedro dale que dale á las espaldas, demandando en su interior el auxilio divino, hasta que por fin, después de un largo rato de sufrimientos, la yerba pudo volver al sitio en que había nacido. Pasaron luego á examinar aquella especie de yerba y notando sus raspillas diminutas, prometieron no volver á probarla en lo sucesivo.

Este pesado chasco podía haberles convencido de que no sabían lo que se hacían, pero era tal la entereza con que creían obrar, que la esposición que Urbano tuvo de ahogarse, fué para ellos cual una de las muchas tentaciones que asaltaban á San Antonio Abad ó á Jesús en el desierto.

Nihil prius fide, podríamos decir aquí parodiando el sello del colegio de Notarios. *Nada antes que la fe*: y como era mucha la suya, prosiguieron su caminata cual si nada les hubiera sucedido.

URBANO GASCON Y GUIMBAO.

(Se concluirá.)

TRADICIONES MADRILEÑAS.

(Conclusion.)

Felix iba á darla una moneda, cuando uno de los soldados que ocupaban el banco del fogón, alzándose de su asiento con un arranque decidido: ¡Prenda! exclamó con acento insultante, dirigiéndose á la pobre mujer; aquí teneis un servidor del rey que se halla dispuesto á aliviaros la carga; y el soldado sin miramiento se adelantó como para darla un abrazo. La mujer retrocedió asustada y fué maquinalmente á refugiarse junto á la mesa de los dos jóvenes. Todos, excepto estos, se levantaron con algazara.

—¡Dejadme!... ¡dejadme!... gritó asustada la infeliz mendiga, mientras la niña, abrazándose á sus rodillas, lloraba con terror.

—No hay que asustarse, replicó el soldado ebrio; á mí me gustan las buenas mozas, y sobre todo después de haber apurado, como ahora, algunas botellas.

Felix, que desde el principio de esta escena había fijado en el soldado una mirada chispeante, no pudo

contenerse y dirigiéndose á la mujer, no temais, exclamó.

El soldado dió un paso hácia la joven y extendió los brazos; resonó una carcajada general.

—Señor soldado, interrumpió Felix alzándose sobre el asiento y sin separarse de la mesa; un poco más de mesura, que las armas no deben de estar reñidas con la crianza.

—¿De qué campañas viene ese veterano que quiere darme lecciones? interpeló el soldado con ese aire enfatuado propio de la gente de guerra, mientras se atusaba los mostachos.

—Vengo de Madrid; las aulas han sido mis campañas y en ellas he aprendido, dijo Felix con arrogancia y poniéndose encendido como la grana, á no dejarme insultar impunemente por nadie.

—Calle el rapaz y métase en su negocio, prosiguió el soldado amostazándose, ó si no, yo le daré una dura lección de vara.

—¿A mí? exclamó Felix, y asiendo la botella que tenía delante, la arrojó con tal acierto y furia sobre el soldado que le fué á dar en mitad de la frente.

Cayó el soldado, alzáronse sus compañeros dirigiéndose todos contra Felix, que de un salto se colocó fuera de la mesa, sacó la espada y arrojándose á su amigo Luis que había hecho el mismo movimiento, comenzó á repartir tajos y reveses sobre los acometedores con tal acierto, que en breves instantes eran no pocos los descalabrados. Llovían los golpes, blasfemaban los soldados, chillaban las mujeres, gritaba el ventero, y eran tales las cuchilladas, los porrazos, los voces y el estruendo, que no parecía sino que el cielo se desplomaba sobre los venteriles campeones; de repente sonó una voz robusta, vibrante que exclamando «¡Ténganse al rey!»... dió al traste con la contienda, aumentando la confusión; y allí en medio de aquel caos, rodeado de sus alguaciles apareció el alcalde de Sigüenza blandiendo su vara y echando espumarajos por la boca; talera la cólera que al buen señor causaba aquella perturbación del orden en sus dominios. Adelantóse el ventero, contó el caso, y el alcalde arrojando miradas centellantes, hizo adelantarse á Felix, que seguido de su compañero, se colocó ante la autoridad con una altivez respetuosa.

—¿Quién sois? preguntó el alcalde al joven, dirigiéndole una mirada cólerica y escudriñadora.

—Me llamo Felix, soy de Madrid y voy á Barcelona con este amigo, donde pensamos embarcarnos para Flandes.

—¿Y creéis que me contento con esa respuesta, señor mío? interrumpió el alcalde.

—Podeis contentaros ó no, pero yo creo que es una respuesta.

—Eso lo veremos; habeis venido á alborotar la población; habeis sembrado el esterminio en esta casa, y por mi fé que no lo vais á pasar muy bien.

—Señor alcalde, repuso Felix con nobleza; he querido castigar un insolente; defender á las mujeres es deuda á que todos nacemos obligados.

—¡Ta... ta... ta!... interrumpió el alcalde con sonrisa irónica; no encontrareis la salida; á ver, alguaciles, conducid á estos dos mozuelos á la cárcel, en tanto que se aclara la verdad.

—Sea como queráis, respondió Felix después de haber dirigido á su amigo una mirada de resignación; pero esperad, señor alcalde; y volviéndose el joven hácia la mendiga que en un lado contemplaba el cuadro aterrada, os he defendido, exclamó, y no he podido hacer más; tomad ahora y consolaos con eso. Y Felix se quitó del cuello una magnífica cadena de oro; y la alargó con ternura á la pobre madre que lloraba, resonó una exclamación de asombro general.

—¡Hola, hola! murmuró el alcalde estupefacto; ¿os encubris de misterio y dais limosna de ese valor? Por Dios que voy creyendo que he hecho una buena pesca; pronto, alguaciles, apoderaos también de esa cadena de oro para averiguar su procedencia.

—¡Eso no! gritó Felix con arrogancia; esta joya es de mi madre: y montado en cólera se preparó á defenderla enarbolando la espada, que aun no había entregado. ¡A él! exclamó el alcalde enfurecido: y ya iba de nuevo á dar comienzo á otra de cintarazos, cuando sonó en la puerta una voz estentórea gritando: «¡Ténganse á la Santa Hermandad!»

Callaron todos, se descubrieron algunos, y un familiar seguido de varios criados se presentó en la hostería con asombro de los circunstantes. Al ver Felix á los recién llegados no pudo contener una exclamación de sorpresa.



PALACIO D'IA EN PARÍS.

—¿Que significa todo esto? preguntó el familiar al alcalde.

—Significa, repuso este, que voy á conducir á la cárcel á un gran criminal.

—¿Y quien es?

—Ese mozuelo: y el alcalde señaló á Felix, que apoyado en el hombro de Luis, dejaba entrever en su rostro un gesto de ira y despecho.

—Os equivocais, interrumpió el familiar; ese jóven y su compañero van á venirse conmigo á Madrid; y dirigiéndose á los dos amigos, ¡buena calaverada habeis hecho, prosiguió; vuestros padres os lloran ya perdidos y no va á ser poca la alegría que voy á darles!

—¿Y querreis llevarnos? preguntó Felix con ansiedad.

—Estoy decidido, señor, repuso el familiar con firmeza y cariño.

—¡Seal exclamó Felix dando un suspiro: ya lo ves, Luis, se ha deshecho nuestro castillo de naipes cuando comenzaban á sonreírnos las aventuras; tomad, prosiguió dirigiéndose al ventero y entregándole un bolsillo, ahí hallarás oro suficiente para pagarlo todo; tomad tambien vos lo vuestro, dijo dando la cadena á la pobre mujer que cayó de rodillas bañando con lágrimas de reconocimiento las manos de Felix, el cual, por último, volviéndose al alcalde, que como todos y sin comprender le contemplaba con la boca abierta, perdona la justicia, exclamó, un desacato hijo del aturdimiento; perdonadme, señor; la autoridad no puede nunca dejar de ser honrada por mí; si alguna vez necesitáis un apoyo, mi padre tiene amigos poderosos.

—Y quién sois vos, señor, balbuceó el alcalde, asombrado ante aquel niño á quien la Inquisición trataba con tanto respeto, y que por sus hechos y palabras demostraba tanta nobleza.

—Buscadme en Madrid, respondió Felix; habito en la Puerta de Guadalajara y me llamo *Lope Felix de Vega Carpio*.

Dicho esto, el jóven seguido de su amigo, del familiar y sus criados, se dirigió á la puerta, donde le aguardaba una litera, y una vez en ella, tomaron el camino de Madrid, dejando estupefactos al alcalde y á la muchedumbre.

Esto sucedia en 1580; seis años despues, el genio colosal de Lope de Vega asombraba al mundo ya con sus deslumbrantes resplandores.

Dichosa villa de Madrid, pues entre sus ilustres hijos cuenta en primer término este *mónstruo de la naturaleza* que cruzando la senda de la gloria, dejó tras de sí una ráfaga de luz, la cual jamás podrá borrar la mano de los siglos.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

PALACIO DE CINTRA, EN PORTUGAL.

Nada más agradable y pintoresco que este palacio, una de las residencias reales más bellas de Europa, al mismo tiempo que uno de los monumentos más preciosos de la arquitectura antigua.

Situado á corta distancia de Lisboa, y dominándose desde allí el mar, y la espléndida campiña que rodea el corte lusitana, es, por decirlo así, una verdadera maravilla, digna en todo del pueblo que compartió con el español el dominio de los mares y cuya historia está íntimamente enlazada á la nuestra.

Los reyes de Portugal residen durante las temporadas de verano en este palacio lleno de recuerdos interesantes, y cuyos detalles artísticos se han reproducido por el pincel y el buril en todos los países.

EL REY DE LOS GITANOS

POR EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

(Continuacion.)

V.

La brisa del mar empieza á dejarse sentir; el sol declina y el ambiente abrasador del día va refrescando por momentos; las cortinas de tela blanca se agitan, las calles se pueblan de nuevo: Calcuta, que dormía su siesta, vuelve á recobrar al despertarse su natural animación.

Los oficiales vestidos de blanco montan á caballo y se dirigen al paseo; las bellas inglesas arreglan su

tocado, el *bonce* sale de las pagodas y los marineros penetran en las tabernas. Sin embargo, un ser humano duerme todavia: es un niño blanco, de tez sonrosada y de negros cabellos.

Envuelto en blancas gasas y cubierto de un rico mosquitero, duerme tranquilamente al dulce impulso de su hamaca, que se halla suspendida entre dos sicomoros sobre una terraza del palacio del gobernador.

Dos negros armados de abanicos de pluma, espantan silenciosamente los insectos, cuyo desagradable zumbido pudiera despertar al niño. Porque no es un personaje cualquiera aquel rapazuelo de tres años; es nada menos que el alto y poderoso señor marqués de Asburthon, futuro par de Inglaterra, y cuya inmensa fortuna, que hoy disfruta su padre, arranca amargas reflexiones á dos personajes sentados sobre un catalpa á pocos pasos de la hamaca.

Uno de ellos es aun bastante jóven; apenas representa de doce á trece años; el otro ha traspasado ya el límite de la edad madura. Este último es pequeño, jorobado, de tez amarilla y biliosa, frente deprimida, pupila gris y los labios estremadamente delgados; su traje es de tela blanca, segun la moda indiana; lleva los dedos cargados de diamantes, revelando á primera vista, á pesar de este lujo, al hombre de condicion mediocre. Este personaje, sin embargo, pertenece á una familia distinguida y es el hermano menor del gobernador; su nombre es sir Jac Asburthon.

Desheredado por la naturaleza que le rehusó al nacer la belleza física, fué igualmente desheredado por la ley inglesa y el derecho de mayorazgo, que concede toda la fortuna al jefe de la familia.

El cirujano Bolton y Sir Roberto Walden al emitir su opinion sobre Sir Jac no habian exagerado nada. El mismo Satanás se habia alojado en aquel cuerpo deforme; era un verdadero malvado y sobre todo para la calumnia. A pesar de tan detestables condiciones habia sabido captarse la ciega confianza de su hermano mayor.

El muchacho que se encontraba en aquel momento sentado cerca de él, es de un talle elegante, y su fisonomía no tiene el aspecto repugnante de sir Jac, pero en la mirada la misma astucia, en sus labios la misma sonrisa irónica y maligna. Sir James es indudablemente el digno hijo de sir Jac; así pues en tanto que el pequeño Roger, el heredero presuntivo del gobernador dormía tranquilamente en su hamaca, sir Jac decia á su hijo:

—¿Qué es lo que ha hecho al cielo ese maldito niño, para hallarse reservado á un porvenir tan espléndido? ¿No eres tú tan bello como él, tan inteligente como pueda serlo un día, y finalmente no corre por tus venas la misma sangre que la suya?

—Sí, respondió James; pero él es el hijo de vuestro hermano mayor, padre mio.

—Es verdad, contestó sir Jac con maligna sonrisa; pero mi hermano es muy arrebatado, le gustan las aventuras peligrosas, y sobre todo es muy aficionado á la caza del tigre.... ¿Quién podrá asegurar que hoy mismo no suceda una desgracia?

—Con lo cual, padre mio, no adelantariamos gran cosa, porque mi primito Roger está lleno de vida y de salud.

—Cierto; pero Lionel, su hermano menor, estaba tambien lleno de vida hace una semana, y sin embargo ha muerto en los brazos de su nodriza herido por una fiebre lenta.

—¿Y si Roger muriese como su hermano? preguntó James.

—Entonces serias tú quien heredaría el mando de par y la inmensa fortuna de Asburthon, si mi hermano me sobrevivía.

Un relámpago sombrío iluminó por breves instantes la pupila de sir James.

—¡Ah! conque si lord Asburthon muriese hoy en la caza del tigre....

—Yo seria par de Inglaterra, contestó sir Jac.

La fisonomía de James se animó repentinamente con una espresion feroz.

—Los niños que no han nacido en la india es difícil que se aclimaten sobre esta tierra de fuego, murmuró el jóven entre dientes despues de algunos momentos de silencio.

—Si, respondió Jac, y la fiebre no es el único peligro que pueden y deben temer; la picadura de un insecto, la mordedura de un reptil... la insolación, son otros tantos peligros que conducen á una muerte cierta...

—Padre mio, murmuró sir James al oido del joroba-

do; quién sabe sino nos hallamos más cerca de la fortuna de lo que vos creéis!.... Tengo capricho por colocar sobre mis hombros el manto de par y todo lo intentaré para conseguirlo.

La horrible conversacion del padre y del hijo, fué interrumpida por una música estraña, monotonica y singularmente cadenciosa que se hacia escuchar al pié de la terraza del palacio. Los dos ingleses se inclinaron sobre la balaustrada para poder ver mejor. Era un negro que, sentado sobre sus talones, golpeaba con un palillo sobre un tambor, al mismo tiempo que salmodiaba palabras misteriosas. Delante de él y colocado sobre una esterilla de junco se movia y se agitaba, pareciendo observar la cadencia de esta música primitiva, un pequeño reptil negro, de ojo brillante y de cabeza aplastada: era una víbora de la más terrible especie.

El negro interrumpia de vez en cuando su canto y tendiendo su brazo al reptil, este se enroscaba á su alrededor, pasando del brazo al hombro y del hombro á ceñirse en el cuello. En estos momentos era cuando el charlatan recogia la limosna, diciendo en muy mal inglés:

—Señores y señoras, milores y miladys, este reptil se llama la víbora negra, su lengua es más acerada y más fina que la mejor aguja de Birmingham, y la picadura de sus colmillos es tan terrible que mata instantáneamente sin dejar la menor huella!..

Por supuesto que los señores y las damas, los lores y las ladys á los cuales el ambicioso charlatan se dirigia, se hallaban únicamente representados por dos ó tres marineros, algunos mozos de cordel y una vieja india que momentos antes hacia sus abluciones en un charco en medio de la calle.

Sir James y sir Jac seguian con interés creciente las evoluciones de la víbora y escuchaban con avidez la enumeracion de sus cualidades hecha por su dueño.

Los dos negros que agitan sus abanicos para apartar los insectos que pudieran molestar al pequeño Roger, al escuchar la horrible música de su país se hubieran tambien de buena gana acercado á la balaustrada; pero la presencia de sir Jac y de su hijo los mantuvo en su puesto.

De repente un paso seco y firme se dejó escuchar á espaldas de sir Jac, paso que debia serle bien conocido, pues le hizo estremecer.

Al volverse se tornó pálido como la cera al encontrarse frente á frente con un caballero vestido de caza, con botas de montar y espuelas, cubierto de polvo y de sudor.

Aquel hombre aparecia tranquilo y en sus labios vagaba cierta sonrisa de satisfaccion; pero observando bien su fisonomía se comprendia perfectamente que con él venia la tempestad.

Sir Jac poseia una gran fuerza de carácter y sabia perfectamente disimular sus más crueles agonias; así que, dirigiéndose al recién llegado le dijo con el tono más afable:

—¡Hola, hola; conque tenemos ya aquí á nuestro querido sir Roberto Balden!

—Vuestro servidor, milord; dijo sir Roberto, que aperciéndose al jóven James, tomó á sir Jac por el brazo y le dijo al oido: desearia hablar con vos á solas de cosas que son del mayor interés.

—James, hijo mio, puesto que ese espectáculo te divierte, baja á la calle y lo verás de más cerca.

El padre y el hijo cambiaron una mirada, pero tan rápida que escapó á la inspeccion de sir Roberto; despues sir Jac condujo al caballero al extremo opuesto de la terraza, en tanto que James descendia á la plaza de palacio por una de las escaleras exteriores. El jorobado procuraba dar á su fisonomía un aire de candidez y de buena fé.

—¿Cómo estais ya de vuelta, sir Roberto? le dijo; ¿habeis muerto el tigre ó me traéis algun mensaje de lord Asburthon, mi querido hermano?

—En efecto, esta madrugada he tenido la buena suerte de matar un tigre, milord.

—Os doy mi enhorabuena.

—Pero cansado ya de todas estas cazas tan comunes he descubierto una que me ofrecerá tal vez agradable distraccion.

—¿De veras? ¿Y qué pensais cazar ahora?

—Una fiera asquerosa cuya baba es mortal.

—¡Ah!

—Un mónstruo que ataca con preferencia á la reputacion de las mujeres.

Sir Jac frunció el ceño.

—Un mónstruo de dos pies, de apariencia humana, pero que no tiene nada de hombre.

—¡Caballero!

—Calculo que los naturalistas del porvenir, si yo llego á matarlo, continuó sir Roberto con terrible sangre fría, le clasificarán bajo la denominacion de sir Jac Asburthou.

A estas últimas palabras sir Jac, llevó vivamente la mano á la guarnicion de su espada, pero sir Roberto entreabió su pelliza de seda blanca y amartilló una de las pistolas que llevaba sujetas al cinturon.

—Sir Jac, le dijo, sino me escuchais con calma, á fé de caballero os levanto la tapa de los sesos.

Las pupilas de sir Roberto Balden arrojaban tales relámpagos que sir Jac se consideró perdido.

Sir Roberto continuó:

—Yo no soy un asesino, caballero, y espero batirme valientemente con vos. He prometido á vuestra victima, á la desgraciada lady Cecily mataros ó morir de vuestra mano.

—Y si yo me negase á batirme? replicó sir Jac dominado por el miedo.

—Entonces, escuchadlo bien, no hay un solo oficial inglés en Calcuta que no os conozca y os desprecie. Un solo hombre pudiera salvaros; es el gobernador vuestro hermano, pero en estos momentos se encuentra lejos de aquí y no volverá tan pronto; así pues, os muro por el nombre de sir Roberto Balden que llevo, que sino me seguís al instante os abofetearé en medio de la calle y os haré pedazos la cabeza con la culata de mi pistola.

Sir Jac se vió atacado de repente de un acceso de rabia, y su repugnante fisonomia se cubrió de una palidez lívida.

—¡Está bien, sea, pero al instante!

Sir Roberto Balden estendió entonces la mano con direccion al mar que dominaba la terraza.

—Mirad, le dijo; mi pasaje está satisfecho con anticipacion á bordo de aquel buque que debe hacerse á la vela dentro de una hora. Abajo en el puerto se encuentra una barca en la cual hice colocar mis pistolas de combate; la susodicha barca tiene treinta piés de longitud, lo cual representa una distancia de diez pasos que es la marcada para la gente que debe batirse á muerte. Si me matais os autorizo para que hagais de mi cadáver lo que mejor os plazca, y si yo os mato arrojaré el vuestro para que sea pasto de los tiburones, porque no os considero digno de una sepultura cristiana.

—Deseo al menos ver antes á mi hijo, dijo sir Jac, mirando con inquietud á su alrededor; pero sir Roberto, comprendiendo en su palidez que lo que buscaba era un pretexto para huir, lo asió rudamente por el brazo arrastrándolo fuera de palacio.

J. BELZA.

(Se continuará.)

UNA CARGA DE LA INFANTERÍA PRUSIANA.

Era opinion general, que la infanteria prusiana no reconocia superior en el mundo; la batalla de Sudowa ha venido á confirmar esta idea, rebajando de paso la alta importancia del ejército austriaco.

Nuestros lectores conocen ya los terribles episodios de esta batalla, una de las más sangrientas que registran los anales de la historia moderna; á ellos pueden añadir el que representa nuestro grabado, en el cual aparecen con toda la verdad apetecible la confusion del combate, el denuedo y arrojado de los combatientes, y el sistema de ataque y defensa empleado por los dos ejércitos.

Afortunadamente esta batalla ha decidido la cuestion que se ventilaba, y la paz ha vuelto á sonreír entre dos pueblos que fueron aliados algun dia, y que dentro de poco volverán á gozar de los beneficios de la civilizacion, que rechaza estos cuadros de horror y de esterminio.

PALACIO DE LA INDUSTRIA EN PARIS.

Nuestros lectores conocen ya por haberse publicado en las columnas de EL PERIODICO ILUSTRADO, todos ó casi todos los palacios construidos para Exposiciones universales en las principales ciudades de Europa y América.

Hoy les ofrecemos, hasta tanto que se termine el colosal edificio que con el mismo objeto se está hoy levantando en Paris, y que publicaremos en su dia, el que hoy existe en la misma capital, ocupando gran parte del costado izquierdo de los Campos Eliseos, y el cual, despues de haber servido para la gran Exposicion de hace algunos años, ha quedado en pié como Exposicion permanente de la Industria.

Aunque al lado del que hoy se construye, este palacio carece de importancia y de grandeza, merece llamar la atencion por lo elegante de su arquitectura,

la buena disposicion de sus galerías y la rapidez con que se llevó á cabo.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

D. Luis de Escobedo.

(Continuacion.)

El secretario de Estado alcanzaba de este modo la victoria que apetecía; pero profundamente hábil en el arte del disimulo, platicó y paseó familiarmente algunos dias con Escobedo, preparando los medios de acabarle, sin escitar la sospecha más ligera en la imaginacion de su desconfiado enemigo. Decidióse á envenenarle en la mesa, pues Juan de Escobedo comia con la mayor frecuencia en su casa; y uno de sus pajes llamado Antonio Henriquez, por intervencion de Antonio Martinez, su mayordomo, se ofreció á ser instrumento del alevoso asesinato. Partió con este objeto á buscar en Murcia unas yerbas emponzoñadas que en ensayos diferentes no surtieron efecto alguno; pero en cambio proporcionóle cierto boticario un agua sin sabor propia para confundirse en las bebidas. Convidó Antonio Perez á Escobedo á su casa de campo, y en medio de la animacion de las pláticas más delicadas, sin perder el apetito ni turbarse un solo instante, cuidaba desde su asiento que mezclasen con el vino porcion del maléfico licor. Pero tampoco esta vez hizo brecha el veneno en la robusta constitucion de su enemigo, á quien preparó otro magnífico convite en Madrid en su casa junto á San Justo. Asistieron á él ambas mujeres; y mientras que servian los platos, echaba Antonio Henriquez cantidad de polvos minerales en la escudilla de Escobedo. Retiróse enfermo á su casa sin sospechar siquiera el origen de su mal; y mientras que guardaba un régimen de dieta, hizo amistad con su cocinero un picaro ó galopin de la cocina del rey, llamado Juan Rubio; hombre de alto nacimiento que habia adoptado tan ruin oficio para ocultar sus crímenes y la muerte reciente que habia dado á un clérigo de Cuenca. Aprovechándose de un momento de abandono, y seguro de que nadie le veia, echó unos polvos que le habia dado Diego Martinez en la olla preparada para Escobedo; pero estrañando al comerla el gusto, hallóse que contenia tósigo. La sospechas recayeron sobre una esclava que asistia á la cocina; prediéronla, y al cabo de escaso tiempo, sin formalidades y sin pruebas, la ahorcaron en la plaza de Madrid.

Cansado de usar sin fruto débiles venenos, determinó Antonio Perez que le matasen de noche con pistolete, estocada, ó ballestilla; partió Henriquez para Barcelona á buscar un medio hermano que le ayudase á la muerte; y en tanto avisó Diego Martinez al aragonés Juan de Mexia, que trajo consigo otro hombre de torvo aspecto llamado Insuati. Reunidos en junta, concertaron los asesinos los medios de consumir su crimen, pareciéndoles mejor un estoque que una ballesta. Antonio Perez, dejando este asunto arreglado y en via de ejecucion, partió á pasar la Semana Santa en Alcalá de Henares.

Rondaban, segun el concierto, por la plaza de Santiago todas las tardes al anochecer Miguel Bosque, Juan Rubio é Insuati, encargados de ejecutar la muerte de Escobedo y aguardando á su paso una ocasion oportuna: quedaban algo atrás, y para prestarles auxilios si necesario fuese, Juan de Mexia, Antonio Henriquez y Diego Martinez. En algunos dias, sea por el continuo tránsito de gente, sea por venir la víctima acompañada, no pudo verificarse el delito. Al fin del segundo dia de Pascua de Resurreccion, 31 de Marzo de 1578, á las siete de la noche apareció descuidado Escobedo, echáronse los asesinos sobre él, y metiéndole el estoque de ancha canal, matóle Insuati de una sola herida. Esparciose la noticia de la muerte, y la gente corria y las puertas se cerraban. Las calles quedaron desiertas, y los delincuentes, á favor de la confusion y de la oscuridad, pudieron alcanzar en sus casas un asilo. Partió aquella misma noche Juan Rubio para Alcalá de Henares á dar cuenta á Antonio Perez del resultado: holgóse mucho de que ninguno estuviese preso, mandóle que fuese á Madrid á esperar sus órdenes, y dióle á entender que el rey se alegraria de la muerte de Escobedo. Repartió el mayordomo cien escudos á cada uno de los asesinos, encargándoles la mayor cautela en sus palabras. Dió además á Antonio Henriquez cédula y carta de veinte escudos de oro de entretenimiento al mes para Nápoles, con nombramiento de alférez: igual grado y el mismo sueldo á Insuati con destino á

Sicilia: los mismos emolumentos y la misma categoría á Juan Rubio para Milan. Estas cédulas y cartas son todas de 19 de abril de 1578, firmadas por el rey y refrendadas por Antonio Perez. Están escritas de mano de Hernando de Escobar: para que no se enterasen los oficiales de la secretaria, no se sentaron en los libros generales del registro; se apuntaron en pliego aparte y trasladáronse luego sus partidas al cuaderno de las datas de entretenimientos.

Libre del cuidado que Escobedo le inspiraba, dedicóse el secretario de Estado con nuevo ardor á los asuntos públicos y á la satisfaccion de sus pasiones. No escaseaba las entradas á deshora en casa de la princesa de Eboli, como si no tuviesen ojos despues de la muerte de su principal enemigo sus demás rivales palaciegos. El confidente de D. Juan de Austria, mas bien que á su deslealtad hácia el rey, debió su trágico fin á la sobrada intervencion que tomó en las relaciones amorosas de Antonio Perez. Si al menos hubiese tenido la cordura del silencio, hubiese conservado la vida mientras llegaba la hora de desmoronar la fortuna del privado: pero haciendo inoportuno alarde de sus fuerzas, asentó su prevision enseñándole á cada instante la espada suspendida de un cabello sobre su frente. Era una lucha impacable la que se preparaba; pero Perez, mas hábil que su contrario, dió junto el amago con el golpe. Uniendo las exigencias del interés público con la satisfaccion de su seguridad, quiso ennoblecier y garantizar su asesinato con el color de justa ejecucion. Decidida la muerte de Escobedo, encargóse de llevarla á cabo, derramando la sangre de su enemigo sin escrúpulo ni pena, porque en su juicio valia tanto la conveniencia como la moral.

Al dar la órden de matar á Escobedo, no obró Felipe impulsado por sentimientos de odio ni de utilidad propia. Muy inclinado á repetir la destitucion de Soto, cedió sin embargo á las interesadas exigencias de su astuto secretario. Mucho se le ha culpado por esta resolucion; pero en las ideas de la época, no se miraba como crimen la muerte de un hombre cuando el monarca la decretaba. Segun los principios de las antiguas monarquías adsolutas, la fuente de la justicia está inmediatamente en el rey: los tribunales son unos delegados que espresan su voluntad, y las formidiales sirven únicamente para ilustrar al juez, pero no para encadenar al monarca. Las muertes secretas ordenadas por los soberanos eran en aquellos tiempos frecuentísimas en Europa: los reyes tenian el derecho de juzgar á su arbitrio siempre que quisiesen administrar la justicia por juicio propio. Así ha podido decir el ilustrado Perez que la muerte de su enemigo era «una accion de que le hacia un deber el código absoluto de la obediencia al rey.»—Así Fr. Diego de Chaves, confesor del monarca, ha podido escribir como lejista y como sacerdote: «Segun lo que yo entiendo de las leyes, el príncipe seglar, que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, como se la pueda quitar «por la justa causa y por juicio formado, lo puede «hacer sin él, teniendo testigos, pues la órden en lo «demás y tela de los juicios es nada por sus leyes, en «las cuales él mismo puede dispensar; y cuando él «tenga alguna culpa en proceder sin órden, no la tiene «el vasallo que por su mandado matase á otro que «tambien fuese vasallo suyo, porque se ha de pensar «que lo manda con justa causa, como el derecho presu- «me que la hay en todas las acciones del príncipe «supremo; y si no hay culpa, no puede haber pena ni castigo.»

J. BELZA.

(Se concluirá.)

UN PUESTO AVANZADO

DE BERSAGLIERI PIEMONTESES EN EL TIROL.

Cualquiera que haya sido la suerte que ha cabido al ejército italiano en la reciente campaña contra el Austria, no puede negarse, y es un hecho afirmado por todo el mundo, que los cuerpos de cazadores piemonteses llamados *bersaglieri* no ceden en nada á los más brillantes de Europa, y pueden sostener la comparacion hasta con los famosos zuavos de Francia.

Nuestro grabado representa un puesto avanzado de esos cazadores en el Tirol, y es al mismo tiempo una escena de campamento, tan interesante como todas aquellas en que los actores camaradas y á veces hermanos, no saben que destino les aguarda al dia siguiente; si el lauro de la gloria, ó la oscuridad de la tumba.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.



PALACIO DE CINTRA, RESIDENCIA DE VERANO DE LOS REYES DE PORTUGAL.



UNA CARGA DE INFANTERIA PRUSIANA EN SUDOWA.